

El realismo político transformador

Original title: *Il realismo politico trasformativo*

© Mimesis Edizioni 2024

1ª edición, 2026

© Michele Filippini

© De la traducción, Luis Periañez Llorente

Guillermo Escolar Editor S.L.

Calle Princesa 31, planta 2, puerta 2

28008 Madrid

info@guillermoescolareditor.com

www.guillermoescolareditor.com

Diseño de cubierta: Javier Suárez

Maquetación: Equipo de Guillermo Escolar Editor

ISBN: 979-13-87789-50-3

Depósito legal: M-2395-2026

Impreso en España / Printed in Spain

Reservados todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

Michele Filippini

El realismo político transformador

Traducción de Luis Periañez Llorente

**Guillermo
Escolar**
E D I T O R
Análisis y crítica

INTRODUCCIÓN

Pasión y realismo son las dos piernas con las que camina la política moderna. Si le falta una, cojea. Si le faltan ambas, cae al suelo.

Mario Tronti, *Quod principem deceat*.

El título de este libro puede resultar desconcertante: ¿cómo puede el realismo político ser transformador? Dentro de esta consolidada tradición del pensamiento político se sitúan, de forma canónica, autores como Hobbes o Schmitt, así como figuras políticas como Richelieu o Bismarck: personajes unidos por una obsesión por la conservación del *cuerpo* político, tras la cual asoma, con frecuencia, la obsesión por el mero *poder* político. La conservación parece incluso ser el elemento unificador de las múltiples variantes del realismo político, caracterizadas por diferentes énfasis sobre principios «conservadores» que, sin embargo, comparten un núcleo común¹. El primero de estos principios remite al postulado de la invariabilidad de la naturaleza humana, que consagra ciertos rasgos como inmutables y, a partir de ellos, deduce patrones de comportamiento necesarios. Hobbes es el exponente por excelencia de esta antropología política negativa, definida por la irreductibilidad de las pasiones –el miedo, sobre todo–, del mismo modo que el positivismo, la psicología de las masas e incluso el elitismo son intentos de identificar las «invariantes colectivas» propias de la era de la política de masas. Un segundo principio que sustenta el realismo político remite a los límites de la acción política, y opone al político realista –que tiene en cuenta las relaciones de fuerza– el utópico, que las ignora. La acción política se concibe aquí como siempre a merced de los acontecimientos del mundo, atrapada en una contingencia que la sobredetermina y que es, en gran medida, independiente de la voluntad humana. Al principio esperanza se le opone el

¹ Para un intento de clasificación de los realismos políticos, véase Pier Paolo Portinaro, *El realismo político*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007, pp. 71-82, donde se identifica un paradigma tucídideo caracterizado por: 1) desencantamiento y centralidad de la historia, 2) constantes antropológicas, 3) centralidad e irreductibilidad del conflicto, 4) necesidad del incremento de la potencia.

principio de realidad², inaugurado por el realismo político antiguo –de los sofistas a Tucídides– y reformulado en la modernidad a través de las críticas a proyectos «ilustrados» de diversa índole³. Un tercer principio común a toda forma de realismo político es el de una (al menos relativa) autonomía de la política, es decir, el reconocimiento de que el entrecruzamiento entre lo invariable del comportamiento humano y la aleatoriedad de la contingencia da lugar a un campo de saberes, prácticas y teorías que responden a lógicas propias⁴. Aquí el referente indiscutible es Maquiavelo, quien, según una lectura ya consolidada, habría emancipado la lógica política de la lógica religiosa; pero puede afirmarse que todo autor adscribible al realismo político presupone de algún modo la especificidad –si no la primacía– de un campo de relaciones humanas, consideradas políticas, que influye en el destino de los humanos tanto como –si no más que– las religiosas o las económicas.

Los tres principios conducen hacia un estudio –una ciencia, para los modernos– de las regularidades de los hechos políticos. La premisa –y al

² Ernst Bloch, *El principio esperanza* (1954), Madrid, Trotta, 2007, a cuyas ideas se opone, en el debate filosófico, Hans Jonas, *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica* (1979), Barcelona, Herder, 1995. Esta dicotomía, con distintas formas y matices, atraviesa buena parte del pensamiento del siglo xx: en las ciencias sociales, desde Karl Mannheim, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento* (1929), Granada, Comares, 2024, hasta Michael Oakeshott, *La política de la fe y la política del escepticismo* (1996), México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1998; en las relaciones internacionales, desde Edward H. Carr, *La crisis de los veinte años (1919-1939). Una introducción al estudio de las relaciones internacionales* (1939), Madrid, Catarata, 2004, hasta Hans J. Morgenthau, *L'uomo scientifico versus la politica di potenza* (1946), Roma, Ideazione, 2005.

³ Se inscriben en esta línea la respuesta conservadora de principios del siglo xix a la Revolución francesa (de Burke a De Maistre), la crítica burguesa al utopismo de la Revolución de Octubre (de Weber a Schumpeter), y la denuncia del siglo xx como era de las ideologías (de Arendt a Fukuyama).

⁴ En la primera Edad Moderna, estos saberes se organizan en una doctrina que, a partir de Botero, *De la razón de Estado* (1589), en Enrique Suárez Figaredo (ed.), *Lemir: Revista de Literatura Española Medieval y del Renacimiento*, 20 (2016), Textos, pp. 969-1112, sistematiza las teorías y prácticas de los *arcana imperii* (cf. Gianfranco Borrelli, *Ragion di stato e Leviatano. Conservazione e scambio alle origini della modernità politica*, Bolonia, il Mulino, 1993). La autonomía de la política se transforma, en el siglo xx, en la idea de la irreducibilidad de las relaciones humanas a los determinismos económicos o a las formalizaciones jurídicas: Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Madrid, Alianza Editorial, 2014; Mario Tronti, *Hobbes e Cromwell. Con un'appendice di scritti sul politico*, Milán, Mimesis, 2023.

mismo tiempo la promesa— de todo realismo político es, en efecto, que tales regularidades permiten analizar los hechos políticos del pasado y anticipar opciones realistas para el presente. Entendido de este modo, el realismo político se opone a las filosofías de la historia: indiferente al carácter y a la dirección de la historia que analiza y busca prever, se configura como un instrumento capaz de hacer inteligible (al menos parcialmente) el devenir histórico en su «sinsentido», es decir, en su carencia de un fin último. Este rasgo parecería convertirlo en una máquina de pensamiento unívoca, estructuralmente orientada hacia la conservación política, capaz de concebir la transformación solo como degeneración de relaciones mal orientadas, mal organizadas, mal controladas.

Lo real, la realidad y el realismo conforman así una tríada semántica que se opone a lo imaginario, la utopía y el idealismo, y que pretende explicar los procesos históricos a través de lo que considera su única modalidad posible: la continuidad. Pero también la discontinuidad es, innegablemente, un componente realista de la historia, aunque solo sea por el hecho de que reaparece de forma inevitable, tanto en las transformaciones estructurales de largo plazo como en la irrupción disruptiva de los acontecimientos⁵. Mientras el proceso histórico se analiza conforme a las leyes previsibles de las relaciones de fuerza, el realismo político parece, en efecto, dar cuenta plenamente de la historia en su dimensión reproductiva; pero cuando la historia introduce discontinuidades, entonces parece perder su capacidad explicativa, al menos hasta que recompone sus reglas y medidas⁶ sobre nuevas bases, volviendo a convertirse en una teoría política de la previsibilidad histórica.

Hay, por tanto, un punto que todo realismo político tiene dificultades para comprender: sus reglas férreas no explican el *carácter realista* —por haber tenido lugar históricamente— de las previsiones y las acciones de los protagonistas de transformaciones radicales. El realismo político queda así identificado con la historia de los *arcana imperii*, de la razón de Estado y de todas las formas posteriores de conservación política, mientras que las igualmente

⁵ «Aquí aparece aquel fenómeno que hace de la historia algo tan interesante: no solamente los acontecimientos repentinos y únicos llevan a cabo modificaciones; también las estructuras de larga duración —que parecen estáticas pero que también cambian— posibilitan las modificaciones», Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia* (2000), Barcelona, Paidós, 2001, p. 38.

⁶ Pierangelo Schiera, *Misura per misura. Dalla global polity al buon governo e ritorno*, en «Scienza & Politica», Deposito n. 1, 2015.

realistas formas políticas surgidas de las tradiciones transformadoras no llegan nunca a ser comprendidas desde una teoría realista. Esta incompreensión parece válida también en el otro frente, dada la dificultad de las tradiciones transformadoras para elaborar una teoría política realista que dé cuenta de sus propias regularidades: no es casual que las únicas referencias a la «realidad» en ese ámbito expresen formas de conservación, tanto en el «socialismo real» como en el «realismo socialista».

En este punto se inserta nuestro intento de rastrear las huellas de un realismo político transformador, a través de una reconstrucción que identifique sus temas comunes y sus lógicas compartidas. No se tratará, por tanto, de reconstruir una tradición alternativa frente al paradigma dominante del realismo político⁷, sino de rastrear las recurrencias presentes en algunos pensadores que se han planteado el problema de la transformación en términos realistas. No es casual que los protagonistas de esta reconstrucción sean todos, además de teóricos políticos, también –y sobre todo– protagonistas de transformaciones epocales: políticos en ejercicio que los avatares históricos empujaron a un periodo de reflexión tras su derrota (Maquiavelo, Gramsci); revolucionarios que escriben con vistas a una acción transformadora (Sieyès, Lenin); intelectuales con una vocación política marcada (Weber)⁸. Si la tradición del realismo político se ha constituido en oposición al voluntarismo y al utopismo, quien intenta explicar de manera realista la transformación incorpora necesariamente elementos de esas tradiciones, reconociéndoles una *carga realista* en la medida en que captan las potencias no realizadas –pero siempre latentes– de toda realidad⁹. La propia noción de naturaleza humana será desplazada así del plano

⁷ Como ha hecho, por ejemplo, Antonio Negri en *El poder constituyente* (1992), Madrid, Traficantes de Sueños, 2015. En lugar de sostener una contraposición dicotómica, se trata aquí de hacer una lectura «a contrapelo» de la historia del pensamiento político, más cercana en este caso al intento llevado a cabo por Mario Tronti en *Il demone della politica. Antologia di scritti 1958-2015*, Bolonia, il Mulino, 2017.

⁸ Como ha señalado acertadamente Portinaro, «el gran realismo político surge en el punto de encuentro entre la perspectiva del actor y la del espectador. Para conocer empíricamente la realidad de la política cabe involucrarse en su ejercicio; pero para develar sus lógicas es preciso lo contrario, apartarse de sus urgencias, sustraerse a sus cotidianos compromisos, a la elaboración reflexiva de sus lecciones», Pier Paolo Portinaro, *El realismo político*, cit., p. 26.

⁹ Recientemente, Wilder ha hablado de *utopismo concreto*: «Sostengo que lo opuesto al pesimismo político no es el optimismo, sino el utopismo concreto. Por utópico entiendo el pensamiento y la acción orientados hacia aquello que parece ser –o se pre-

del naturalismo al de las relaciones sociales: objetivas, pero transformables. Un «hombre nuevo» se volverá de este modo pensable, realizable y reproducible en la medida en que se proceda a una transformación paralela de las condiciones sociales de su reproducción. El realismo político transformador se situará así fuera de las determinaciones del presente, pero no fuera de la historia: se situará, de algún modo, dentro de las determinaciones futuras generadas por esa acción política que sigue siendo concebida como contra-natural.

En esta obra recorreremos la política moderna siguiendo a autores que se esfuerzan por redefinir constantemente el límite entre lo posible y lo imposible, en una interpretación que se desarrollará a lo largo de una línea alternativa tanto a la de la trascendencia (de Hobbes a Schmitt) como a la de la inmanencia (de Spinoza a Foucault), en la dirección que va de Maquiavelo, pasando por las revoluciones, hasta la política de masas de Weber y Gramsci¹⁰. Del mismo modo, el realismo político transformador participará de ambas lógicas antitéticas de la política moderna: aquella que concibe la política como modulación y contención del caos, y aquella que la concibe como lucha por un contenido específico con vistas a un orden pacificado. Los autores del realismo político transformador atraviesan, de hecho, las divisiones entre enfoques del conflicto y del equilibrio, entre filosofías de la historia e historicismos, entre la idea de la política como *realización* y la idea de la política como *mediación*, entre enfoques escatológicos y enfoques *katecónicos*. Más allá de estas divisiones –que separan una política concebida como forma indiferente a su contenido de una política concebida como contenido a realizar más allá de cualquier forma que pueda contenerlo–, el realismo político transformador se situará en su intersección: en una dimensión temporal concreta, determinada, pero

sume que es– imposible, cuando tal imposibilidad no es más que una función de los órdenes existentes. El utopismo concreto no es meramente fantástico, fantasmático ni especulativo. Intenta identificar la posibilidad de órdenes distintos que podrían ya residir en el orden existente o emerger de él. Ese utopismo también busca identificar intervenciones concretas que vayan más allá de la lógica y del marco del orden vigente [...]. Siguiendo a Henri Lefebvre, podemos entender el utopismo concreto como una política de lo “posible-imposible”», Gary Wilder, *Concrete Utopianism. The Politics of Temporality and Solidarity*, New York, Fordham University Press, 2023, p. 9.

¹⁰ Tronti ya había entrevisto esta línea en su reconstrucción realista del pensamiento profético: «de Maquiavelo a Weber, un hilo profético atraviesa la política efectual», Mario Tronti, *Politica e profezia*, en *ibid.*, *Dello spirito libero*, Milán, Il Saggiatore, 2015, p. 219.